

ENTREVISTA

Instituciones y movilización popular: una difícil pero necesaria combinación. Entrevista a Ernesto Laclau

JULIO AIBAR Y DANTE AVARO

ERNESTO LACLAU es profesor de Teoría Política en la Universidad de Essex, Inglaterra. Entre su profusa obra, se pueden destacar títulos como: *Política e ideología en la teoría marxista* (1977), *Hegemonía y estrategia socialista* (1985, en colaboración con Chantal Mouffe), *The Making of Political Identities* (1994), *Emancipación y diferencia* (1996), *Contingency, Hegemony, Universality* (2000, en colaboración J. Butler y S. Žizek) y *La razón populista* (2005).

JULIO AIBAR y DANTE AVARO son profesores-investigadores de la FLACSO, México, y coordinadores del seminario de investigación «Buen Gobierno, populismo y Justicia Social».

Invitado por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede académica de México, Ernesto Laclau presentó su libro *La razón populista* (2005). Esta entrevista se realizó con ocasión de esa visita.

Desde hace tiempo estamos viviendo una especie de desencanto con la política que es alimentado tanto por los discursos mediáticos como por algunos círculos académicos, ¿qué reflexión haría acerca de esa situación y cuáles cree que son las consecuencias de ese desencanto con la política?

Sí, eso es así y es un problema generalizado que se vive no sólo en Latinoamérica, sino también en Europa y en todo el mundo occidental. Pero éste no es sólo un problema generado por los medios de prensa; también los políticos y los partidos colaboran en el desprestigio de la política. Entre los partidos liberales y conservadores, por ejemplo, las diferencias son absolutamente mínimas. Tony Blair decía: «no hay políticas económicas de izquierda o de derecha, solamente hay políticas económicas que funcionan». Esto lleva a que la gente no vea un sistema de alternativas y el resultado es que tiene una actitud de rechazo a la clase política como conjunto. Pero ello está también muy ligado a los cambios sociales que están ocurriendo en Europa. Por ejemplo, hace 50 años se tenía en Francia todo un mundo proletario alrededor de las grandes ciudades. Ese mundo se ha desintegrado totalmente y ha habido una *tercerización* por la cual el proletariado industrial como clase está en proceso de extinción. Todo ello contribuye a que las maquinarias políticas ya no se ligen a intereses diferenciados. Entonces el problema está en que la gente no encuentra que haya un sistema general de alternativas y busca esas alternativas fuera del sistema

político. El surgimiento del populismo de derechas en Europa es algo que está ligado a este fenómeno.

Ahora le hacemos una pregunta relacionada con lo que acaba de mencionar acerca del visible desplazamiento del político profesional hacia un grupo tecnocrático en los puestos de decisión pública, no necesariamente gubernamentales, sino públicos en general. ¿Qué diagnóstico puede hacer de ello en diferentes sociedades políticas y cuáles son las posibles salidas que los sectores populares pueden visualizar frente a esa situación?, ¿qué imaginarios se pueden trazar los sectores populares ante esta tecnocratización, ante esta primacía de la administración de las cosas?

Yo creo que la cuestión está ligada a que existe un esfuerzo consciente para reducir la política a la administración, pero eso en cierto sentido no es nuevo. Pienso, por ejemplo, en *La República* de Platón. Hoy día hay toda una reorientación tecnocrática de la administración de la esfera pública, por la cual menos y menos decisiones están abiertas al juego político. Vea usted las obras de Samuel Huntington y la gente de su calaña, lo que encuentra es que hay una redefinición de la democracia en forma tal que la participación popular se reduce a elegir entre alternativas políticas que han sido elaboradas de una manera tecnocrática. Pero ésta es una tendencia predominante en todo en el mundo occidental.

Si se analiza la currícula de los departamentos de Ciencias Políticas en todo el mundo hay una reorientación cada vez mayor hacia el estudio de las políticas públicas y una creciente tecnocratización del saber. Ante esa situación, ¿qué papel les cabría a los departamentos de Ciencia Política y a los intelectuales que cohabitan en ellos para evitar esta reducción de la política?

¿Por qué tendrían que ser los del departamento de Ciencia Política?

Ésa es una muy buena respuesta, pero, ¿dónde habría otra posibilidad que no fueran los del departamento de Ciencia Política?

Pero, ¿por qué tendría que ser una respuesta universitaria?

No necesariamente, pero aun así algo se puede hacer en ese ámbito...

Yo creo que eso se liga un poco también a la cuestión de la ciencia política en general, porque si examinamos lo que hacen los científicos políticos hoy día, veremos que cada vez tiene menos que ver con el análisis de la política. Y toda esta reorientación cualitativa que se ha producido, primero con el behaviorismo y después con la racionalización, no ayuda evidentemente a la formulación de una perspectiva más interesante. En los Estados Unidos, por ejemplo, personas que se interesan en lo político como tal, tienden a trabajar fuera de los departamentos de Ciencia Política. Yo soy profesor en un departamento de Literatura Comparada, por ejemplo. Hay en realidad en toda la vida universitaria del mundo anglosajón una relación cada vez más fluida entre lo que se enseña en ciertos departamentos y el nombre del departamento. Por ejemplo, gente que trabaja en filosofía está enseñando en el departamento de Francés o Literatura Comparada o Crítica al Estado. También he visto gente del departamento de Retórica preparando tesis sobre teoría económica.

Retomando la cuestión de la ciencia política, vemos que en los últimos años, ésta se ha orientado a la ingeniería de las instituciones, hecho que frecuentemente conduce a un

estrechamiento del campo de la política. Creo que ello explica en parte también el rechazo de esa disciplina hacia el populismo en tanto el populismo representa para ellos una amenaza. Tienen miedo a la movilización populista y a las dificultades de encauzar institucionalmente esa movilización. Eso está claro; no obstante, considero que no hay por qué dejar en manos de ese procedimentalismo miope la problematización de la cuestión institucional, ya que las instituciones cuentan. Sabiendo que no es un especialista en instituciones, me gustaría preguntarle: ¿cuáles cree usted que deben ser las reformas institucionales que se deberían de emprender en Latinoamérica, si es que considera que es necesario hacerlas?

Para empezar, no sé si las reformas institucionales deben ser las mismas en todos los países. Lo que yo me plantearía es que cualquier sistema político sano tiene que ser el resultado de poner juntas dos variables. Por un lado es necesario que las instituciones, el momento de institucionalización exista, por el otro lado un movimiento popular no institucionalizado también tiene que estar presente. Si tenemos un sistema institucionalizado al máximo, como sucede en los países del mundo escandinavo, por ejemplo, podría llegar a ocurrir que se osifique la vida política, es decir, tendríamos una vida política sin participación. Si de otro lado tenemos una movilización popular tan exacerbada que carece de todo anclaje institucional, evidentemente todo el tejido político de ese país va a sufrir también. Es necesario crear un balance entre estas dos dimensiones. En Argentina, por ejemplo, después de la crisis de 2001, ha habido una enorme expansión de la protesta horizontal a nivel de la sociedad civil; no obstante, la integración de estos sectores al sistema político ha sido relativa. Al comienzo el lema era «que se vayan todos», pero ello representaba un peligro, porque si se van todos seguramente se va a quedar uno que no habrá sido elegido, en este caso, por nadie. Cuando llegaron las elecciones de 2003, hubo una bajísima participación y éstas fueron resueltas dentro de la partidocracia más tradicional. Las cosas salieron bien porque se eligió a Kirchner, quien ha hecho un definitivo esfuerzo por tratar de establecer entre el eje vertical de la integración política y el eje horizontal de la protesta social autónoma, puntos de interconexión, de equilibrio; y algo se ha logrado en esa dirección. De que eso se logre finalmente va a depender el futuro democrático del país.

De un tiempo a esta parte, en el lenguaje de los especialistas y analistas políticos se habla cada vez más de ciudadanía y menos de pueblo. A juicio de usted, ¿qué se ha ganado y qué se ha perdido con esa transición conceptual desde el pueblo a la ciudadanía?

Puesto en esos términos, yo le diría que el movimiento no puede ser total, porque si se da un movimiento total la categoría de ciudadano colapsaría a la categoría del pueblo; pero entonces el nivel de participación política sería exclusivamente a nivel institucional. Yo creo que una democracia requiere más que eso, requiere algo de esto evidentemente, pero requiere también de que hayan autonomías e identidades fuera de las instituciones que pongan presión al sistema institucional político para su mayor articulación con la sociedad civil. Evidentemente esa mayor articulación civil va a expandir la ciudadanía a distintos niveles, pero los espacios públicos no pueden ser simplemente espacios públicos de la ciudadanía en el sentido tradicional. Hannah Arendt decía que hay un espacio público siempre que un grupo de personas se reúnan con un objetivo colectivo, por ejemplo, un grupo de vecinos que comienza a organizarse para protestar por la instalación de un aereo-

puerto en una cierta localidad. Ahora, me parece que esa ciudadanía múltiple y ese espacio público múltiple son esenciales para la democracia. No puede ser solamente el espacio público del sistema político en el sentido tradicional.

Usted plantea en diversas partes de su obra que lo popular se construye a partir de la articulación de diferentes demandas; pero también se puede pensar en que ciertos males-tares, humillaciones, etcétera, no necesariamente se plantean en términos de demanda sino en algo que es más parecido a una figura jurídica muy polémica como es la del daño. La duda que me surge ahí es: si el daño tiene una dimensión de inconmensurable e intransferible, ¿cómo sería posible establecer articulaciones?

La noción de demanda es central para mi análisis político. He insistido en que, por un lado, la definición está hecha en inglés y me cuesta pensar cómo se podría traducir. En inglés, demanda implica, por un lado, *request* y, por el otro lado, *claim*. Si una demanda se presenta a las autoridades, en un comienzo esto es simplemente una *request*, pero, si esa demanda da cuenta de un derecho que está siendo lastimado, por lo cual es todavía una demanda actual, puede llegar a ocurrir que haya una pluralidad de demandas que son igualmente no absorbidas por el sistema político y que en cierto momento se pase a tener *claims* en el interior de las instituciones. Esto es, a cuestionar a las instituciones como tales y en cierto momento a cuestionar la totalidad del orden político. A medida que se van efectuando esas transiciones, lo que ocurre es que empieza a resultar cada vez menos claro a quiénes se están formulando las demandas. Por ejemplo, en la Revolución Rusa había tres demandas: pan, paz y tierra. Ahora, ¿a quiénes se estaban formulando esas demandas? A medida que el proceso se desarrolló era cada vez menos claro que fuera al zarismo. Evidentemente esas demandas ya dejaron de ser *request* y no son *request* en ningún sentido de término.

Existe una situación muy extendida en Latinoamérica en la cual hay un reconocimiento formal de los derechos y demandas ciudadanas, pero por otro lado, una negación sistemática al cumplimiento efectivo de esos derechos, ¿piensa que la noción psicoanalítica de renegación puede ser fructífera para pensar esa situación?

Pienso que sí. La idea es perfectamente clara: uno niega algo que en realidad está afirmando. Ése es un mecanismo discursivo político que constantemente está teniendo lugar. Creo además que tiene que ser acompañada de otras nociones complementarias. Por ejemplo, el problema de la identificación me parece que es importante, porque pudiera haber muchas identificaciones que operen a través de *renegaciones*. En la teoría de la argumentación, se formó un grupo que ha estudiado muchas de estas formas y yo creo que la teoría de la argumentación es absolutamente central para el problema que usted me ha planteado. Por ejemplo, todas las formas paralógicas, semilógicas o cuasilógicas son importantes de considerar, porque cada uno de estos matices permite decir cosas diferentes. Si uno dice, por ejemplo, «una elección es una elección», uno no está afirmando una tautología, lo que está diciendo es algo diferente, pero según el contexto qué es lo que se está diciendo a través de una afirmación así va a variar. De cualquier manera, lo que me parece también importante subrayar es que las demandas muchas veces se formulan con anterioridad a los derechos, porque una demanda que se presenta como derecho, ya presupone la posibilidad de que sea rechazada y supone también algún grado de institucionalización de esa demanda. Pero el campo de las demandas es más amplio que cualquier mecanismo de institucionalización

y ese problema sería una muy buena investigación a hacer. Por ejemplo, en la estructura de las demandas políticas sobre el sistema político en Argentina en los años treinta, ¿qué nuevas estrategias discursivas se empiezan a aplicar? ¿Por qué la crisis del treinta en Argentina se dio con un sistema clientelístico que funcionaba relativamente bien?, es decir, abajo. Al nivel más bajo estaban los punteros que contrataban los votos de cuatro o cinco manzanas y que cambiaban votos por favores, un poco más altos estaban los caudillos que dominaban todo un barrio, y finalmente estaban lo que se llamaban los doctores, que eran políticos que querían ser diputados o senadores y tenían que negociar el apoyo en los escalones de abajo. Ahora bien, el sistema producía demandas que nunca se formalizaban en términos de derecho, porque ahí la mediación personal del puntero, del caudillo, era el elemento decisivo, porque de lo contrario todo el mecanismo se iba a romper. Y durante un cierto tiempo, con la prosperidad económica, este sistema funcionó y el grado de institucionalización de las demandas fue bastante bajo. Ahora, lo que ocurre en el año treinta es que sobreviene la crisis económica y entonces en los años sucesivos empieza a coexistir una gran cantidad de demandas insatisfechas y de otro lado un sistema institucional que es cada vez menos capaz de absorberlas. Esto genera una situación prepopulista, en la cual alguien que viene de afuera del sistema interpela directamente a esos sujetos, y en el momento en que los interpela como sujetos esas demandas pasan a ser derechos. Con el peronismo muchas demandas que eran satisfechas individualmente pasan a ser demandas definidas institucionalmente y ya no había necesidad del puntero para que le consiguiera una cama en un hospital, porque estaba el hospital sindical, y así una variedad de otros aspectos. Eso llevaría a una situación como la que usted planteaba con la cuestión de la ciudadanía, porque a través de un sistema de derechos sociales se van creando formas de ciudadanía de tipo nuevo, ligadas al Estado todavía, pero con muchas zonas intermedias. Así, en el momento en que hay un sistema de derechos, se daría esa transición que decía antes del *request* al *claims*.

Hay dos cosas que afirma el psicoanálisis respecto de la demanda: una es que toda demanda es demanda de amor, la otra es que toda demanda es por definición insatisfecha, ¿qué nos podría decir acerca de la traducción de estas dos afirmaciones al campo de la política?

Bueno, en primer lugar, desde el punto de vista psicoanalítico yo creo que hay que distinguir entre deseo y pulsión, porque el deseo nunca encuentra objeto definitivo. A eso se refiere la metonimia del deseo. El deseo hace que pasemos de un objeto al otro ininterrumpidamente, es decir, la metonimia del deseo quiere decir: «no es esto», «no era esto». Del otro lado tenemos la pulsión, para la cual sí hay satisfacción. La fórmula de la pulsión podría decir: «más de lo mismo», «más de lo mismo». O sea que, mientras que el deseo no tiene objeto, la pulsión sí lo tiene. Ahora bien, ¿cómo se traduciría esto al sistema político? Yo creo que, aunque no he pensado a fondo en todo el arco de posibles variaciones, en el caso del deseo lo que se ve es la erosión progresiva de las formas de identificación con ciertas fórmulas. Por ejemplo, todo régimen político va a conducir necesariamente a un desencanto, simplemente porque todo lo que se espera de un sistema político jamás puede ser de manera plena. Pasa lo que en toda opción en la cual el deseo está implicado, ya que hay una plenitud que ninguna forma política puede abordar. Es lo mismo que ocurre en la vida personal, en la que se espera que una relación va a aportar algo que ninguna relación puede aportar. Incluso la más satisfactoria de las relaciones es simplemente la renegocia-

ción de un fracaso último y en política yo creo que ocurre exactamente lo mismo. Ésa sería una de las dimensiones de la erosión progresiva. Pero insisto en el hecho de que siempre es progresiva, nunca es total, es decir, una vez que alguien se ha adherido a ciertos símbolos y se ha identificado con ciertos símbolos, el desencanto viene, pero eso no lleva a abandonar el símbolo inmediatamente. Si así fuera, la gente se estaría divorciando a nivel personal todo el tiempo y, a nivel político, cambiando de partido todo el tiempo. Uno mantiene una adhesión a ciertas formas en las cuales se ha dado una inversión afectiva fuerte, aun cuando ya la causa de la inversión ha desaparecido. Ahora bien, el momento de la pulsión sería un poco el momento opuesto, es como decir «más de lo mismo», la repetición de la satisfacción ahora. Yo diría que la pulsión y el deseo se penetran mutuamente y en esta mutua penetración hay una serie de formaciones discursivas que es muy importante tratar de determinar. Yo no lo he estudiado a fondo en todos sus efectos, pero evidentemente es algo que merece ser estudiado en buena medida.

La primera de sus respuestas conduce a una conclusión obvia pero importante: que la política es una actividad inacabada. A veces porque con su operación satisface las demandas, con lo cual pierden su capacidad de movilización; otras veces, porque no satisface las demandas.

Yo creo que esa afirmación se podría generalizar a la vulnerabilidad de todo sistema de significación y la política es sin dudas uno de ellos.